

Tiempo de Naufragio

Un Relato

Por Simón Ortega Cortés

Para la Tesis de Artes Plásticas

“Paisajes Viscerales”

31 de Mayo, 2014

Universidad de los Andes

Basado en hechos reales

Sentado en medio de esa inesperada jungla, tiritando por el frío que la humedad salada me ocasionaba, tuve una serie de realizaciones mudas, que semanas después sigo intentando entender. La estable y sólida imagen de la realidad que vivimos en la rutina se rompió, como el manto de la oscuridad se rompía al alumbrarse el cielo con ocasionales relámpagos, profetas luminosos de una tormenta que no hubiéramos podido soportar de haber llegado mientras nos acurrucábamos entre los muros hechos de canto de grillo y chicharra de la selva. La lancha en que íbamos hacia Juanchaco naufragó, incapaz de soportar el peso del mar. Ese pedacito de tierra inventada, ese armatoste flotante de madera y fibra, que ingenuos confiábamos se mantendría firme ante la marea, demostró ser una mera mentira, un invento ficticio como tantos que tenemos. Casi ansiosa, el agua se le metió adentro, hundiéndola con su peso, y se encaramó por la popa, mientras sus borbotones blancos sonreían con dientes de espuma, burlándose de las náuseas y el horror de esa gente a quien le robaba el piso. Entre vómitos y gritos, entre ladridos y un tiempo dilatado, mareado también, la lancha se hundió.

Antes del incidente, el agua se había ido filtrando en cada brinco que daba la embarcación al estrellarse su proa contra el oleaje del mar. Nos habían parecido un juego estos saltos, como quién anda sobre un caballo, disfrutando sus corvetas y galopes. No nos imaginábamos, gracias a la emoción y la certeza que aún nos acompañaba, que las olas intentaban advertirnos que estaba desbocado y bravo, (seguramente por las montañas de basura con que lo hemos mancillado, y que irónicamente poco después nos tocaría escalar) y que realmente pudiera sobrellevar a nuestra nave. En medio del movimiento, ésta se detuvo, tosiendo, y poco a poco empezó a manifestarse la incertidumbre de la quietud, al mismo ritmo con que las olas nos acercaban a los acantilados, golpeándolos con fuerza amenazante. Las tripas eléctricas de los Yamaha sucumbieron ante la corrosión de la sal; la chispa de las bujías, ese aparato escupe-fuegos que impulsa los motores de nuestro inverosímil mundo, se extinguió por el agua ofendida. De repente, en medio del vértigo colectivo que nos abrumaba a todos, al mundo mismo, no nos quedó otra más que zambullirnos en el agua gris.

Fue en ese momento que ocurrió: ese quiebre en la continuidad, en la sólida certeza que sólo cuando desaparece se revela como frágil y minúscula. Empezó entonces la serie de eventos que, en un lapso de tiempo simultáneamente eterno y asombrosamente corto, me han llevado a presentir una especie de oleaje dentro de mi cuerpo. Es, creo ahora, como si el vasto océano se hubiera metido no solo en la lancha, sino dentro de mí. Entró por cada irritado poro, por los ojos, por la boca, que en su urgencia por no tragarse las olas debió recordarles a los peces espectadores del desastre la mueca que hacen sus hermanos que pescamos mientras intentan en vano respirar el seco aire de la superficie por sus agallas despojadas de agua. Creo que los recuerdos de lo sucedido mientras flotaba se hundieron hasta el fondo arenoso de mi cerebro, sirviéndoles de alimento a pescados subconscientes y corales oníricos. En el espacio húmedo que se formó entre mi carne, las memorias también se quebraron, erosionadas por las olas del mareo y la incertidumbre. No es mucho lo que puedo recordar: parece ser tan escaso como los pocos momentos en los cuales una de esas montañas de agua nos impulsaba hacia arriba, hasta su cúspide burbujeante, desde donde podíamos ver, por fracciones de segundo, el

paisaje de escombros y piedras amenazante. Luego, caíamos al mundo de ciegos que eran los valles, donde lo único visible eran las olas enormes que nos rodeaban y el imperturbable cielo, y acaso a otra persona pataleando, rezando, agarrándose de una maleta o un bidón. Mis memorias de los que sucedió mientras flotaba son intermitentes, como lo era mi visión, subyugada por la violenta marea.

Entre lo poco que recuerdo, está sin duda el nocivo olor de la gasolina, y a mi compañera advirtiéndome que nos alejáramos de donde parecía estar más concentrado. Recuerdo los rostros de mis amigos entre las olas, y la culpa causada por una extraña apatía por sus destinos, que era, ahora entiendo, el instinto de supervivencia flotando en la superficie del resto de emociones, náufragas todas ellas en el mar de adrenalina que era mi cuerpo en esos momentos de angustia. Recuerdo también los saltones ojos de un pobre perro que parecía haberse equivocado de escenario; su patético chapaleo, su cuerpecillo en mis manos cuando su dueña, una adolescente cuyas pesadillas seguramente son una mejor historia que ésta, cuando me lo entregó para que lo sostuviera, rogándome que lo salvara, yo que era alto. ¿Que no ves, pobre ingenua, que en medio de ese Pacífico furibundo todos somos enanos? ¡Lo siento por tu viejo amigo, por sus pulmones carcomidos por el agua contaminada! Lo siento por sus lastimosos ojos a punto de reventarse, y por ti, cuando en un momento que seguramente te dejó más cicatrices que la gasolina que nos quemaba a él, a ti, y a todos, tuviste que dejar tus súplicas y soltarlo, ofrecerlo a la mar, para poder ocuparte de lo único de lo cual cada quien podía ocuparse.

¡Te recuerdo a ti, Muerte arrogante, que alardeaste ese día, con tus perfumes tóxicos, y frenética en tu baile con aquel eterno amante en que flotábamos! Mientras esperábamos, solos, agarrados de una tabla desprendida, viniste y sembraste en la fértil tierra del desespero, de la perplejidad, la semilla que al llegar la noche florecería en epifanías oscuras y fecundas. Esa semilla que plantaste en mí cuando mi amigo se acercó nadando a un cuerpo que flotaba bocabajo, con el rostro hundido, como mirando el remolino de peces, tiburones y ballenas que nunca sabremos si las turbias aguas escondían, y le dio la vuelta. Flotaba, inmóvil, y después nos dieron la noticia de que era la pobre abuela cuyo corazón decidiste detener, en un súbito infarto de tristeza y miedo, cuando cayó al agua y la separaron de su nieta de seis años, al llevarla hacia la tierra, pues estaba tragando demasiada agua envenenada. No pude ver el rostro blanco de la mujer, pues la cadencia de las olas me hundió justo en ese momento, y después solo recuerdo mis intentos por alejarme de esa escena al nadar hacia una especie de bahía que parecía esperar detrás de una curva en los acantilados. Tal vez allí habría un suelo firme donde posar las cansadas piernas, lejos del pánico en que entraron las personas que seguían flotando en las aguas corrosivas, y lejos de ti, muerte fugaz, que viniste inesperada y dejaste tu germen en nosotros.

No puedo recordar cuanto tiempo permanecí en el agua, flotando. Debí pasar una hora, pero siento como si hubieran sido diez, pues mi memoria no puede entender en minutos la masa borrosa de esta surreal secuencia. El tiempo que contamos y dividimos no es igual al que engendra la naturaleza, y es solo nuestra permanente conexión con un reloj lo que nos

mantiene sincronizados con su estructura lineal y predecible. Cuando nos despojamos de ella, nuestro cuerpo entra en una temporalidad distinta, aquella que llevamos dentro: flotando ahí, liberado gracias a la explosión de sensaciones que con que el agua me envolvía, percibí intensamente el corazón del mar. Sentí dentro de mí sus ecuánimes latidos, esos que son el palpar jamás interrumpido del mundo mismo, desde que nació, allá en el vientre cósmico del polvo y el fuego, arrullando a lo largo de milenios a la costa, con su canción de olas. Ese flujo permanente, ese ritmo con que el tiempo alimenta a la vida misma, pude observarlo dentro de mí, en el sístole con que la sangre era impulsada a mis brazos cansados, en el diástole con que se preparaba para continuar su tarea, infaltable. Ese ir y venir intermitente, ese que verdaderamente conecta al pasado con el futuro, en el presente relampagueante, era el que movía a las olas furiosas, a las hojas de los árboles sobre los acantilados, a mi cuerpo que seguía nadando, inmerso por completo en los latidos de ambos corazones.

Mientras me alejaba del combustible, delirante, vi a unas personas paradas en la lejana bahía, y asumí, ingenuo, que debían venir del absurdo hotel en medio de la selva que hacia menos de una hora habíamos visitado, cuando aún ignorábamos lo que nos esperaba. Supongo que sentir ese destello de esperanza hizo que mi mente saliera de la grieta de amnesia en que se había perdido mientras flotábamos a la atemporal deriva. Recuerdo claramente el momento en que arranqué a nadar hacia la tierra, acompañado por dos de mis amigos, entre paredes de acantilados contra las cuales el agua arremetía con furia escandalosa, disparando chorros de espuma hacia lo alto, alardeando de esa fuerza con la cual nos hubiera podido romper los huesos de habernos empujado contra las piedras. Luchando contra el miedo y la confusión, me arranqué las pesadas botas que llevaba en los pies, pues me impedían realizar el exasperado chapaleo de perro que hubiera decepcionado las expectativas estilísticas de los múltiples maestros de nado que he tenido, y quienes, aunque no lograron entrenarme en hacer movimientos particularmente estéticos, se sentirían orgullosos de que logré llegar, extenuado, hasta la orilla. ¡Y vaya orilla! Hedía, esa vil montaña hecha de plástico en todas las innumerables formas que le damos: un arrume de desperdicios olvidados que alguien botó en un lejano río, ignorando que terminarían en esa sucia esquina. Llegué arrastrándome, como escupido por el mar, y recuerdo vivamente la desesperación de escalar ese tumulto blancuzco, que se desmoronaba como morrena, que no ofrecía ningún sitio sólido donde pararse o agarrarse, mientras el mareo acumulado encontraba alivio en arcadas que sabían a petróleo y sal. En mi mochila arhuaca, talismán materno y pensamiento de la mujer, que me había amarrado al chaleco salvavidas, llevaba una botella de agua que le había comprado justo antes de salir a un clarividente vendedor cuyo slogan promocional era “¡Sea precavido! ¡Compre agua!”. Fui precavido: esa botella fue indispensable para calmar la sed de la pobre niña de seis años, que había sido arrastrada hasta allí por unos de los valientes lancheros, y que solo podía gemir por el terror y el exceso de gasolina que tenía dentro de su cuerpo. Unas primas de la pequeña también habían llegado a la costa, y les agradecían a mis amigos sus intentos por darle algo de calor y consuelo a su cuerpecillo quebrado. Yo, extenuado, y sintiéndome lejano, desprendido, preferí unirme a los demás naufragos, entre ellos dos de los tripulantes, algunos locales que habían nadado fácilmente, y un joven que aparentemente era futbolista, mientras

fijábamos nuestras cansadas e incrédulas miradas en dos lanchas que le extendían sus cuerdas y brazos a los afortunados que seguían flotando. Sonreíamos, convencidos de que pronto seguiríamos nosotros, que el helicóptero que iba y venía en los grises cielos nos sacaría de aquel sucio rincón.

Esperamos un largo rato en la playa plástica, mientras el sol indiferente seguía su camino, detrás de las nubes grisáceas que no dejaban de amenazar con lluvia. Observamos como las lanchas rescataban a los que aún seguían en el agua, y nos dimos cuenta que estas no podrían llegar a donde estábamos, pues el espacio entre los muros de piedra era demasiado angosto, y que tampoco podríamos nadar hasta ellas. Nuestras fuerzas no bastarían para luchar contra la corriente salvaje, que nos arrastró a su favor, ayudándonos a llegar a la orilla, pero que jamás nos permitiría nadar en contra suya. Preocupados, hicimos un primer intento de internarnos dentro de la selva. Uno de los locales se metió al monte, y al rato volvió, convencido de que podríamos llegar a otra playa más grande, donde si sería posible que las lanchas se acercaran. Nos miramos entre nosotros, pues no todos estábamos convencidos de que esta fuera la mejor idea, pero la democracia naufraga prevaleció, y después de calzarnos con pedazos de chanclas que llevaban quien sabe cuánto tiempo en medio del tumulto de plástico, empezamos a escalar la empinada subida del primer trecho, jalándonos como podíamos de los troncos. Sin embargo, justo cuando llegamos a la punta de esta primera cumbre, escuchamos al helicóptero muy cerca, y las voces de unas personas que venían de la playa. Nos devolvimos, resbalando. Dos Guardacostas habían descendido del helicóptero, cargando una cuerda con la que planeaban remolcarnos, amarrándonos a las lanchas, hasta el mar abierto, donde podríamos subirnos a estas; lo ridículo de su plan debió volverse evidente cuando vieron a la niña que solo gemía y balbuceaba quejas, incapaz de caminar, y menos aún de siquiera pensar en volver al agua. Confundidos, nos quedamos otro rato en la playa, mientras que los deshonorados Guardacostas nos daban la espalda, tratando de sacar del agua una multitud de objetos flotantes que las olas empujaban hasta nuestro recodo. Emilia, mi amiga, rescató una sonaja anaranjada y un tarrito lleno de mamebe alimenticio que agradeceríamos durante la noche hambreada. A Juan Pablo, mi compañero, le fueron devueltas sus dos botas, como para compensarle por el desventurado roto en el pantalón que dejó al aire sus más preciados bienes, a la merced de los intempestivos elementos. Llegó un pesado barril blanco, el cual nunca sabremos cómo o porqué uno de los lancheros decidió cargar a cuestas, y diversos alimentos cuyo inolvidable atributo era un homogéneo sabor a combustible. Recuperamos dos de las maletas que traía Nahú, nuestro cuarto amigo, que sabiamente había decidido quedarse flotando, y que fue la primera persona en ser rescatada. Desafortunadamente, la que llevaba su pasaporte mexicano no fue recuperada, por lo cual terminó siendo el más afectado de los cuatro. En un momento, vimos como uno de los hombres que estaba pescando las cosas agarró de una cuerda una especie de paquete negro y flácido, que salió dando vueltas como las hélices del helicóptero cuando lo lanzó hacia nosotros: era el cuerpo sin vida del perro, que al caer sobre la montaña de plástico quedó sepultado en una triste avalancha de desperdicios.

Lentamente se acercaba la noche, y fue más y más evidente lo fútil de seguir en esa criptica playa. Entonces, emprendimos el camino por segunda vez, armados de lo poco que habíamos recuperado. De ahí en adelante, fue la certeza de que eventualmente estaríamos a salvo la que nos dio la energía para seguir caminando, con relativa calma: la certeza que se había hundido con la lancha, con los celulares y sus garantías contemporáneas de comunicación, y con los motores oxidados. Esa misma retornó a nosotros, clara y dulce, y con ella la fuerza tácita que impulsa a los hombres a sobreponerse al mundo, a pesar de lo que ocurra. Ya no íbamos a morir. Ese miedo que en algún momento se nos presentó, infinito y negro, no fue más que un leve equívoco en el tejido de nuestras vidas; ya la proverbial aguja iba a rectificar el nudo tieso y a dejar los hilos organizados, y nuestras vidas iban a recuperar su flujo previsto, libres del terror y la álgida consciencia de su fragilidad.

Cuando nos adentramos en la selva, pude ver con ojos confundidos la inmensidad con que nos sobrepasa la naturaleza. Caminando dentro de ese universo de hojas y palos, me aturdió la materia entrelazada con que la vegetación se apodera del espacio que habita. Al hombre que ignora el lenguaje de estas formas, de estos fractales de madera y fibra, no le queda otra más que simplificar la percepción y desentrañar el aparente caos para encontrar un camino: imaginar que las masas trepidantes son paredes, y abrir con el cuerpo un túnel por entre las plantas, para poder enfrentarse a su indiferencia. Por momentos, parecía que el trayecto por el cual caminábamos era una ruta previamente utilizada; sin embargo, esta apariencia se desvanecía cuando llegábamos a un punto denso, apretado, que nos obligaba a agacharnos y apretujarnos entre las espinas que se enterraban en la carne y las hojas que cortaban la piel. A pesar de que yo iba cojeando gracias a la solitaria bota que el mar me había devuelto en un despliegue de generosidad o ironía, aún no sé, nunca me detuve. Podía sentir el sonido escandaloso de la selva, ese revoltijo de gritos, zumbidos y aullidos, que crepitaban sin un momento de pausa desde todas direcciones, arremetiendo contra el silencio que llevaba adentro. Un estado de concentración profunda guiaba a mi cuerpo, permitiéndole maniobrar entre la urdimbre de los troncos ásperos y el entramado de ramas afiladas, de raíces apiladas sobre el suelo resbaloso, y de esporas densas e infinitas. La mente permanecía fija, enfocada, conservando un frágil balance: entre mantener la calma interna, con diligencia meditativa, cuidándose de no caer en el desespero, que tentaba a la consciencia, y enfocarse en obstáculos y sonidos externos que parecían interminables, que debían ser superados. Aunque este equilibrio se veía constantemente amenazado por la lluvia y la oscuridad incipiente, el cuerpo continuaba en su camino, arraigado en una fuerza obstinada que provenía desde algún lugar dentro de sí mismo, un espacio fértil, como esa selva, y con su mismo poder salvaje. Nadie más que uno mismo podía dar esa lucha, nadie más podía adentrarse en el bosque interno, y encontrar la fuerza para seguir caminando. A la vez, no existía ninguna opción, no teníamos a donde ir a refugiarnos. La respiración no se detendría, los pulmones no dejarían de bombear el oxígeno cargado de humedad y bosque. Nuestro aliento agitado era la cadencia con que andábamos, la manifestación de esa fuerza que, como la trepidante selva, no dejaba de vibrar y moverse, hacia adelante, indómita, más allá de nosotros mismos. Si ponía atención, podía percibir el aire entrando por mis fosas, que ardían por la gasolina, y sentir el olor a sal y tierra

que exhalaban esos montes pedregosos. Mi pecho se inflaba, entumecido, automático: una álgida consciencia de la inevitabilidad de la cual estamos hechos me hablaba con voz de selva, de mar, de llovizna, recordándome lo indefenso de mi ser y la mutabilidad de la realidad, que cambia su rostro en un suspiro tormentoso, indiferente a lo que quisiéramos o creyéramos. Cada cosa proviene, irrevocable, de su causa: cada árbol crece de su semilla, cada flor espera el polen que traen los pájaros o los bichos, y cada paso que dábamos anunciaba todos los que nos faltaban. Todos los respiros daban cuenta de la manera como la realidad infinitamente densa unifica todos los posibles fragmentos, que aparecen separados ante la percepción. Yo, caminando dentro de ese mundo gigantesco e intricado, no era más que las hojas o los palos o los chirridos. Sentí mi hermandad con todos ellos, mi destino inevitable: la muerte embrionaria que llegaría para borrar la separación y combinarnos a todos en un solo caldo de podredumbre fértil, de vida incipiente, que brotaría, hija del tiempo, para seguir respirando por el resto de los días.

Continuamos caminando, en la penumbra y en silencio, escuchando la voz de la selva y sus epifanías que el hambre, la sed y la incertidumbre nos permitían escuchar. Enfocados y delirantes, íbamos despacio, para no resbarnos o tropezarnos. En un momento, sentí un doloroso corrientazo, que brotaba de la parte izquierda de mi pie descalzo, y rápidamente se expandía, hinchando la carne con ardor hirviente hasta hacerme exclamar: algo me había picado, tal vez una hormiga bala, que son muy comunes en esas selvas. Pero ni siquiera eso basto para romper la concentración y hacerme sucumbir a la desesperación. La respiración me impulsaba, me mantenía caminando, indiferente. Tal vez fue por eso que cuando su ritmo se detuvo, cuando nos tocó parar a contemplar la ancha y profunda cuenca de un río que se nos interponía, exploto en mi la angustia que venía reprimiendo, a fuerza de trances y pensamientos. Llegó como la noche que en esos momentos terminaba de embadurnar con sus babas negras al mundo, mientras esperábamos a que se pusieran de acuerdo los hombres de los Guardacostas que supuestamente nos habían venido a ayudar, armados no con una linterna para alumbrar la oscuridad o una botella de agua para calmar la sed abrasadora, sino con esa única cuerda que *no* sirvió para llevar a cabo su plan de jalarnos desde la playa hasta los botes de rescate. Parado ahí, preguntándome en qué país de locos no se le ocurre a unos rescatistas profesionales llevar unas provisiones básicas de supervivencia, me invadió una profunda zozobra. Fue como si el cansancio que encalabraba al cuerpo y la incoherencia que desorbitaba al pensamiento se hubieran al fin encontrado, allá en medio de mi pecho, donde los esperaba la tristeza, susurrándoles sus preguntas sin respuesta. Debieron armar una paradójica fiesta, pues una fuerte oleada de desespero bien fermentado y exasperación finamente destilada se acumuló en un nudo de angustia amarga que bailaba en mi garganta. Esperando, quieto, mientras llegaba mi turno de acostarme bocabajo contra el piso para descender por el resbaloso muro de piedra hasta el fondo del abismo, tuve que invocar a todas mis fuerzas para enfrentarme a la frustración; mi mente racional comprendía sin titubeos lo inútil de desesperar, pero supongo que la debilidad humana tenía que manifestarse en algún momento. Una vez abajo, me entró un arrebató, causado por la lucha interna y el fantasioso temor de que en cualquier momento se crecería el caudal del río, que en ese momento no era

más que unas gotas refrescantes, y nos arrastraría por la cueva que se abría en los acantilados hacia el mar, matándonos de una vez por todas. Fue tal mi manía, que me abalancé de primero para subir al otro lado, jalándome de la cuerda y los brazos de la persona que había subido a amarrarla; en mi frenesí, dejé abandonadas mis cosas, y me las tuvieron que subir al final, mientras esperaba, humillado, a los que fueron más pacientes que yo. ¡Ah, pero como me llamaba el sonido de las olas, que al fin estaban a nuestro alcance! Ya no más selva, ya no más fango sin fondo, ya no más espinas ni agacharse para que las ramas no golpearan los fruncidos ceños: el final del camino, la amplia playa a donde la lancha si se podría acercar. Mi castigo por impaciente llegó rápido: el último trecho antes de llegar a la arena era una bajada de roca lisa y empapada, por la cual había que descender despacio, cogidos de la cuerda; al llegar a la base de la bajada, era necesario descender con cuidado un último peñasco. Sin ver nada, brinqué antes de tiempo, y me resbalé hacia atrás al caer, en un momento que hubiera podido ser cómico en otras circunstancias menos absurdas. Por suerte, no me sucedió nada, y el ominoso pensamiento que atravesó mi mente cuando sentí el dolor en los isquiones y el coxis fue solo eso, un pensamiento.

El oscuro horizonte del mar solo revelaba lo ínfimo de nuestra existencia: ninguna lancha. Las tres lucecitas que titilaban a lo lejos, dándole señales a los enormes buques que se arrastraban de un extremo de nuestro campo de visión al otro, eran solo boyas inmóviles, inhumanas. A la derecha, donde yacía el acantilado hacia donde nos habíamos dirigido antes de naufragar, yo juraba ver un tenue resplandor, el cual era, en mi imaginación, la lancha que se acercaba. Agarré la ridícula luz de un celular con la cual alguien alumbró el camino del fornido hombre que cargó a la niña, y la utilicé para llamar a la embarcación que solo yo podía ver. Rápidamente, alguien me rapó la inútil linterna y trató de utilizarla para llamar a la luz que en su imaginación era la lancha. Así, la disputábamos entre nosotros, intentando alimentar la propia esperanza, mientras la noche la amenazaba al desplegarse, larguísima, con su promesa de lluvia y frío. La marea iba subiendo, pues era época de puja, cuando las mareas crecen más allá de lo usual: lentamente el agua se encaramaría por encima de la playa, hasta meterse dentro de la selva. El sutil pacto que se estableció desde el principio de los tiempos, ese acuerdo al que llegaron la tierra y el mar sobre la línea hasta donde reinaría cada cual, se pone a prueba varias veces al año, cuando la luna y el sol se alinean y la fuerza de su gravedad se combina, jalando a la marea más allá del límite acordado. Por unas horas, las valientes plantas que guardan esta talanquera se convierten en algas tensas, conteniendo su incesante respiración, al sumergirse en las saladas fauces del océano enloquecido. Es como si para mantener el balance fuera necesario romper el orden, transgredir lo establecido para volver a demarcarlo. Así mismo, la naturaleza se encargó de probar como nuestros límites aparentes, que la mente asume como inamovibles, son tan flexibles como lo es la playa, que cíclicamente se transforma y redefine, más allá de nuestra idea de ella como algo que no cambia más allá de cierto punto. Al internarnos de nuevo en la jungla, después de entender lo fútil de nuestros intentos por ser rescatados esa noche, y encontrar en la empinada espalda de un acantilado un sitio lo suficientemente alto para que el agua crecida no nos alcanzara, cada quien se acomodó en el lecho orgánico como pudo, y le pidió a su mente que llevara su resistencia un poco más lejos.

No nos quedaba otra más que prepararnos para esperar a que amaneciera, acurrucado bajo la inconmensurable noche.

Fue en esos momentos cuando sentí con más agudeza que el inmenso océano, con sus olas intermitentes, se había metido dentro de mi cuerpo. La consciencia del tiempo floreció esa noche, fecundado por el mar y la selva y consciencia de la muerte que apareció insospechada, abriendo sus capullos insondables en un oleaje mental de ires y venires: entre el sueño profundo del cansancio y el insomnio del miedo, entre la fuerza casi delirante de la amistad y la soledad más transparente, entre la absoluta claridad que solo la absoluta oscuridad puede producir y la demencia en la que se convierte en un instante. Un momento, estaba cantándole a la madre selva con mis amigos, mis hermanos en el frío y la aventura, y al siguiente me perdía en los laberínticos conciertos que susurra la selva de noche, tratando de buscar una posición medianamente cómoda en la cual no me resbalase. Ya el agua había crecido, metiéndose entre los árboles; aunque nunca pude ver qué tan cerca estaba realmente, a juzgar por el poderoso retumbar de las olas, no nos separaban más que unos contados metros de ellas. Una parte de mí no era capaz de soltar las fantasías del universo paralelo en el cual habíamos llegado a nuestro destino, y en medio de ensueños imaginaba lo que hubiera estado sucediendo en ese momento si nos encontrásemos en la playa, a la luz de una fogata, como hacía unas horas planeábamos. Me visualizaba leyendo con nostalgia alguna poesía sobre aventuras mágicas que había en un libro de Machado que aún llevaba conmigo, y que en ese momento de intensa contradicción solo le podía servir de almohada, embarrado, a mi cabeza delirante. Oscilaba entre acostarme sobre el suelo, sumiéndome por momentos en sueños turbulentos, y sentarme, despierto, sobre mi librito, observando por igual el transcurso de la oscuridad dentro de mí y la selva que las pupilas dilatadas lograban percibir. El frío de la humedad empezó a metérsenos por la espalda y las narices, cuando ya el grupo había sucumbido al silencio. Mientras tiritábamos con violencia, recuerdo como Juan Pablo y yo simultáneamente llamamos con un grito a Emilia, que había quedado lejos de nosotros, más arriba en la pendiente, pues las mujeres habían subido primero que los cansados caballeros. En un instante, se deslizó ágilmente entre la noche y las ramas, saltando encima de los cuerpos tiesos de los demás, y se metió entre los dos, para entregarse a un abrazo de calor y cariño gozoso que nos salvó de la hipotermia de cuerpo y espíritu. En algún momento en que sobrellevé la incomodidad y me logré dormir unos minutos, la mano que sostenía la mochila que aún cargaba debió aflojar su agarre, pues oí como ésta rodaba y caía con un sonoro ‘plop’ en el agua cercana, después de mis esfuerzos por rescatarla. No sentí ninguna frustración. Todo lo material, incluso eso que tanto atesoraba, parecía irrelevante al lado del poder entrópico y trascendente de la selva. Veíamos las formas geométricas de nuestro techo de hojas, que se entretrejían unas sobre otras, dibujando patrones angulares y temblorosos contra las nubes alumbradas por una tenue luz; en el piso, fantasmagórico, un mosaico azul de fosforescencias diluía la barrera entre el espacio denso de los sueños y la realidad que cada vez se alejaba más de este mundo definido en el que ahora escribo. El brillo índigo emanaba de la materia que abonaba el suelo, y al existir tan nítido pero tan invisible nos sumía de nuevo en las vísceras de la existencia y su extraordinario misterio. Las hojas y los palos se entregaban al proceso trascendente de la respiración selvática:

la muerte los carcomía con su estómago de tiempo gástrico, y al derretirse dentro del cambio, intestino cíclico, se encendían con ese misterioso resplandor que nos enmudecía, obligándonos a escuchar de nuevo a las olas y a los bichos y a nuestro propio aliento cansado.

Así, la noche fue transcurriendo entre el sube y baja de las olas que era nuestro pensamiento enrarecido: subiendo a percepción despierta de la realidad nocturna cuando no podíamos dormir, y bajando al nebuloso mundo del sueño, mientras entre uno y otro experimentábamos el amplio espectro de estados sonámbulos que la selva nos ofrecía. Y de repente, cuando el mareo casi místico de este vaivén parecía estar amainando, notamos que una escasísima luz era visible en el cielo: aunque esto indicaba que faltaban algunas horas, creo que debí dormirme, aliviado, pues en lo que percibí como instantes la selva era otra vez una agitación de verdes. Amaneció. En un trance de luz y movimiento, descendimos a la playa, donde nos esperaba el tronar de un helicóptero, que nos lanzó, alardeando, un exceso de botellas con agua, y los gritos indescifrables de los socorristas, cuyas palabras, como las hélices y los motores de los botes, iban demasiado rápido para que nuestra percepción entumecida y afilada por las sutilezas de la noche pudiera aprehenderlas del todo. Chapoteamos, nos montamos en una lancha que luego nos pasó a otra, y en minutos íbamos a toda velocidad hacia Buenaventura. Creo que la intensa sensibilidad que mi cuerpo asumió al internarse en el mar y la selva y la noche debió de tardarse lo que duró ese viaje en disiparse, en volver a la normalidad, lo cual de nuevo afectó mi memoria; todo el rescate lo recuerdo borroso, como desvaneciéndose por la excesiva velocidad. Llegamos a Buenaventura, nos dieron un simbólico apretón de manos y la bienvenida “de vuelta a la vida”, acompañado de sonrisas y felicitaciones a los mediocres rescatistas, y nos montaron en dos apestosas ambulancias que nos llevaron al hospital: baño, comida, agua, fotos, y en un pestañeo todo lo que quedaba de lo ocurrido era el vacío dejado por lo que se perdió y la palpitante masa de lo aprendido, de todo lo que cada uno vivió. Unos días después, nos montamos ansiosos en otra lancha, que nos llevó, no sin asustarnos un par de veces con sus brincos, a Juanchaco. De aquí caminamos a la Barra, y descansamos, al lado del mar cuyo rostro nunca será el mismo.

Algunos días después, volvimos a la ciudad, a contar nuestra historia e intentar darle algún sentido a lo que ocurrió. No fue fácil: la memoria no era capaz de encontrar en medio de los gritos y pitos y sirenas un silencio que la llevara, por poder de semejanza, a un estado lo suficientemente similar al que experimentamos en la selva. En medio del armatoste de humo gris y atardeceres anaranjados donde vivimos, yo y mis compañeros náufragos, no hay ningún espacio cuyo sonido pueda recordarnos al susurro de la selva, al compás eterno de las olas; no hay ningún aroma tan dulce y tan terrible como el de la fértil tierra o el mar con sus escamas saladas. Las ventanas cuadradas de los edificios, las calles rectas, con sus huecos obscenos, la gente abstraída de sus alrededores, de esas paredes tan planas y tan simples que nos protegen pero que nos obligan, inmutables, a que las olvidemos, nunca causaran en nosotros el sobrecogimiento que experimentamos esa noche. Un solo árbol en medio de la maraña, o cualquier patrón fugaz que la espuma dibuja sobre el agua, es infinitamente más complejo que la ciudad entera. Una mísera hoja contiene una red de venas más y más pequeñas que dibujan

un mapa más denso y complicado que la retícula accidentada con que cubrimos a las ancianas sabanas; cada parte de cada árbol es un mapa de todo el bosque, y el bosque entero es un reflejo de una sola célula. La ciudad no contiene los misterios que esa noche pude vislumbrar, por lo cual me será casi imposible recordarlos acá: cada calle, cada ser que la habita, está separado de las demás, funciona solo para su fin específico. Ningún modo de observar a este coloso que hemos construido logrará que los ladrillos y el cemento transmitan la energía que cualquier pedazo de materia viva contiene entre sus pliegues holográficos. Esas memorias fragmentadas que conservo en mi mente, esos pedazos de recuerdos que lograron depositarse en el fondo de mi cerebro, serán carcomidos por la vida que llevo acá. Esta vida en que puedo escoger, en que soy yo el dueño del destino, se encargará de erosionarlos hasta que no quede nada, por medio de pantallas planas y rutinas y cuadrículas, que nos prometen y garantizan lo que sea que queramos y nos libran de la incertidumbre. Nos hemos librado, en apariencia, del azar. Confieso que tuve que naufragar para recordarlo. Y quisiera no olvidarlo, pues en él me vi a mí mismo, me vi débil, pequeño, ínfimo, pero eternamente más grande, como uno más dentro de la multiplicidad de la naturaleza. No me ha quedado otra que utilizar la supuesta libertad que poseemos acá para construirme un desorden propio que me enrede la mente, para así obligarla a que se sintonice y se concentre, y sentir de nuevo algo remotamente similar a esa incertidumbre mística.

La pintura, el collage y la animación me han servido para crear un espacio de caos. El papel blanco sobre el cual pondré a bailar algún dibujo, haciendo cada movimiento con una pequeña marca o un sutil borrón, me invita a ir despacio, con paciencia y concentración, para sorprenderme al ver como se mueve eso que creé. No planeo que sucederá, y dejo que cada momento invite al siguiente, cuadro a cuadro, como los pasos que di en la jungla, decididos pero ansiosos. Cuando trabajo con el revoltijo de imágenes que he recolectado y recortado, dejo que estas se combinen y relacionen entre sí como quieran, y establezcan un dialogo que suele sorprenderme por su bizarra armonía. Cada hoja de papel se parece a cada hoja de los árboles, entrelazadas en un orden frágil pero inmanente, que fabrico yo tanto como espectador como creador: el orden de la naturaleza que observo, absorbo, y que reproduzco dentro del lienzo, en una simulación ingenua pero profunda. Ante la lámina virgen, cuyos variados materiales me invitan a relacionarme de maneras nuevas con la pintura y el collage, tengo suficiente espacio para que los distintos fragmentos puedan combinarse en un solo paisaje sin perder su carácter único. Puede existir en ese lienzo que es más grande que mi cuerpo un amplio repertorio de imágenes y detonantes visuales, similar en lo variado a lo que viví cuando se hundió la lancha, pero a la vez aprehensible para la mirada que ante la naturaleza se queda corta. Por medio de estas prácticas, he podido permitirle a la mente que se pierda entre el azar, y así vislumbrar en él un silencio que rescate esas memorias perdidas, y moldearlas en una forma concreta y externa. Tal vez así superare una melancolía extraña que siento por mi cama de podredumbre, por la compañía cálida de mis amigos, o por el asombro al caminar hambriento por la selva: por esa aventura inesperada en que me zambullí. De alguna manera, el sinfín de sensaciones y pensamientos que me abrumaron durante esas horas siguen presentes en alguna parte de mi cuerpo, y puedo revivirlas cuando me entrego al oficio de pintar o

dibujar. Entonces, recuerdo lo irrelevante, fugaz, y frágil de mi propio cuerpo, que el naufragio me demostró repentinamente. Al final, esto me permite percibir como el tiempo se encargará de consumir estas sensaciones, y como todo, como yo y mis creaciones y la selva misma, se perderán en lo profundo de la eternidad. Tal vez, alumbrarán tenuemente, como las hojas azules y verdes en el suelo húmedo, mientras unos náufragos de la memoria, del tiempo, las observan morir, regocijándose con la infinitud inasible.